

**MIRARME A MÍ**

**Diario de una participante en el taller**

**Ser o no ser un cuerpo de Amalia Fernández/**

**Aquí trabaja un artista 2016**



# Lunes, 22 de febrero de 2016

## Notas previas a la sesión #1

Dentro de dos días comienza el taller de Amalia<sup>1</sup> y con él el desafío que me propusieron la artista y el CA2M.

Este es el segundo año que el museo me invita a participar en un proceso en el que interrogar las posibilidades de la investigación evaluativa que acompaña proyectos de colaboración entre centro de arte, artistas y escuela. El trabajo realizado el curso pasado, más cercano a los formatos académicos, abordó los procesos y estructuras relacionales que se establecen entre los diferentes agentes e instituciones que se implican en estas residencias. En este curso el equipo de educación del CA2M apostó por explorar formatos y enfoques, redirigiendo el foco hacia los volátiles procesos que suceden en el interior del aula en el marco de estos proyectos de artista. Partiendo de estas premisas, serán mi participación activa y mi experiencia en el taller los hilos que vehiculen este texto en un intento de generar un relato narrado en primera persona.

1. La artista Amalia Fernández desarrolló un taller de en el que abordó diferentes aproximaciones a la noción de identidad con los dos grupos de 4º de primaria del CEIP Beato Simón de Rojas de Móstoles.

Amalia me inspiró la tranquilidad y confianza que necesitaba para aventurarme a pesar de las dudas. Así, encaro este texto sin un formato muy acotado, bajo la propuesta de redactar un cuaderno de campo en el que registrar mis observaciones y vivencias sin cohibir la presencia de mi subjetividad<sup>2</sup>.

Me he imaginado baterías de objetivos, de aspectos a observar o de *ítems* que registrar, pero finalmente tengo la sensación de que voy a escribir a pelo, casi de forma automática, lo que me provoquen las sesiones. Evidentemente algunas cuestiones revolotean, muchas relacionadas con la propuesta de Amalia de generar un aprendizaje conjunto, paralelo entre adultos y niños. Esto me intriga.

¿Qué aprendo con los niños? ¿Aprenden ellos de mí?  
¿Qué podemos construir juntos?

¿Desde dónde hablo? ¿Puedo desplazarme de mi posición de poder?

¿Lo que yo diga va a cobrar peso por ser significativo o por mi posición de autoridad?

¿Dónde me coloca ser una adulta blanca?

Amalia me sugirió que llegase a las sesiones sin saber nada de antemano. Que me sorprendiese como los niños y niñas. No puedo evitarlo y me salto su indicación: llevo un rato buscando sobre las propuestas de Amalia en talleres anteriores. Tensiones entre la identidad como participante y como investigadora. Identidades volubles que no pueden ser absolutas.

Tengo el programa del taller que realizó Amalia en el Museo Reina Sofía y por la petición de llevar pensado el nombre, creo que el hilo de la primera sesión será este:

Cuerpo y palabra¿Somos lenguaje? ¿Quién y por qué nos ponen un nombre? ¿Qué significa hablar? El lenguaje, ¿está dentro o fuera de los hablantes? ¿Qué hacemos con las palabras y qué hacen las palabras con nosotros?

2. Este texto es el redactado antes y después de las sesiones. Las anotaciones posteriores han sido añadidas durante la revisión como notas al pie.

Amalia nos ha pedido que pensemos en nuestro nombre, que investiguemos su origen. Nunca lo había hecho de forma explícita sobre el mío. En realidad no lo siento muy mío.

¿Es el nombre lo que nos otorga una identidad? ¿Qué sucede entonces cuando tienes el nombre de tu madre, de tu abuela y de tu bisabuela? ¿Cómo puedes construir a partir de eso? Va más allá de una genealogía. La proyección es muy fuerte.

Nombre impuesto y compartido. Es *su* nombre: ellas deciden, yo lo recibo.

¿Qué posibilidad tengo de hacerlo mío? Ellas ya lo significan, ¿qué espacio me queda?

¿Me marca el nombre de forma tan profunda?

¿Tengo *cara de Merche*?

Es un nombre que refleja mis privilegios.

¿Reside quizás la tensión en mi construcción a su alrededor?

Que investigue mi nombre. Copio y pego :  
(Fragmentos sacados de google)

¿*Cuál es la etimología y el origen de Mercedes?*

El nombre de Mercedes, antiguamente merced, era “misericordia, perdón, recompensa”, de “merx” (mercancía). Es una advocación mariana a la Virgen de la Merced, patrona de Barcelona.

### *Mercedes*

Nombre Femenino de origen latín.

Del Latín perdón, recompensa.

Nombre de la Virgen de Barcelona.

### *¿Cuál es el origen del nombre Mercedes?*

Mercedes es un nombre femenino de origen Latino. El significado de Mercedes es: “Recompensa”.

#### *Mercedes*

Procede del latín Mercedem, que significó merced, premio, precio; es de la raíz merc- en la que domina Mercurio, el dios del comercio, que comprende todo lo que tiene que ver con comprar y vender. El origen de este nombre propio va mucho más allá del comercio: viene del gran movimiento de solidaridad de los cristianos para rescatar a cualquier precio a los cristianos cautivos de los sarracenos.

#### *Mercedes*

La palabra Mercedes (nombre femenino) viene de María de las Mercedes, en referencia a la Virgen María. Merced viene del latín merces: “pago, recompensa”

Buf, voy a parar aquí porque me está dando un bajón...

## Miércoles, 24 de febrero de 2016

### Notas de la sesión #1



He pasado mucho frío.

Hemos pasado mucho frío.

El gimnasio es un espacio poco acogedor en el que los cuerpos están habitualmente en movimiento. Un espacio cargado simbólicamente. Recuerdo cómo llegar al gimnasio en el colegio significaba gritar y correr a saltar en las colchonetas hasta que el silbato del *profé* de gimnasia nos retumbaba en las orejas para que volviéramos al círculo a escuchar. A escuchar órdenes concretas y de nuevo a correr, o a aguardar en fila nuestro turno, o a trepar por las espalderas, o a... siempre una acción que apelase al cuerpo, nunca al diálogo o la reflexión.

∞

Amalia ha usado los gritos para hacerse escuchar.

Vito ha sentido que se reproducían modos autoritarios de la escuela.



Así que con los cuerpos fríos  
y revueltos nos hemos ido  
rápidamente a buscar un café y  
conversación durante el recreo, es  
el descanso entre la primera y la  
segunda sesión.

Después de este café, he intentado  
anotar mis impresiones.

Como era de esperar va a ser difícil  
escribir desde mi experiencia sin  
interferencias. Participo en las  
reuniones, intercambio pareceres.  
Los lugares de discusión se van  
configurando sobre la marcha y me  
dejo llevar.

He comenzado a escribir este texto  
por el final. Comienzo de nuevo,  
ahora por el principio de la sesión.

Amalia nos ha explicado qué  
quiere hacer con nosotros. Vamos a  
hacer una investigación.

*Para llevar a cabo una  
investigación hay que ser  
valientes, quizás no nos guste lo  
que encontremos, quizás sí.*

Ella ya ha pensado la pregunta  
sobre la cual investigaremos:

*¿Quién soy yo?*

Amalia es directa y honesta. Su franqueza al decirle a los niños que quizás no les guste o les interese lo que hagamos me contraría. Pone en cuestión esa premisa tan repetida de trabajar desde los intereses del alumnado. Sin embargo Amalia es clara, pone sobre la mesa las cartas: ella va a guiar al grupo y tiene una propuesta pensada. Eso es lo que vamos a hacer. Y ¿por qué no? ¿Será esta una propuesta más sincera y ligada a la realidad?<sup>3</sup>

¿Quién soy yo?

Ya no me incomoda esta pregunta como lo hubiera hecho en el pasado. Reconozco esa incomodidad en algunos de los niños. Sus cuerpos se revuelven frente a lo que califican como una pregunta estéril, de fácil respuesta. Sospecho que bajo este rechazo se esconde un querer evitar que la pregunta les coloque en una situación vulnerable, en la que hay que poner de sí mismos. La desazón de encontrarse frente a una pregunta sin respuesta predefinida que les obliga a implicarse.

A mí no me incomoda pero estoy en otro lugar: como participante adulta ya sabía que Amalia nos la iba a plantear. En el pasado ya he estado confrontada a esta pregunta y sé cómo defenderme de ella.

Tras saber que vamos a investigar sobre quiénes somos y pensar que el cuerpo va a tener mucho que ver con nuestra investigación, Amalia nos ha propuesto que

o

hiciéramos una serie de ejercicios. Lo necesitábamos, algunos cuerpos necesitaban moverse ya, por pulsiones, por frío. El espacio del gimnasio es grande, ¿quizás nos llamaba a habitarlo?

*Vamos a hacer yoga. Vamos a pensar nuestro cuerpo, a sentirlo.*

Me apetece muchísimo.

Despertador, correr, despedidas rápidas sin ganas, metro, tren, móvil, emails, whatsapp, prensa, no llego, dónde voy, llego tarde, no me gusta, frío, respirar, yo, mi cuerpo, respirar, moverse lentamente, respirar, cerrar los ojos y sentir el cuerpo.

Recibo este momento como un alivio, un quiebre del ritmo frenético de la ciudad, en el que puedo sentir mi cuerpo. Años de educación y profesionalización han puesto mi cuerpo al servicio del intelecto, convirtiéndolo en un soporte.

Pero ¿y ellos? Los veo controlando el cuerpo, frenando impulsos. Están en un estadio previo de amaestramiento del cuerpo. ¿Qué camino están transitando?

Les cuesta. Es el cuerpo controlado. Es la toma de consciencia pausada de nuestro cuerpo. Es el movimiento tranquilo que expulsa el nervio mediante la respiración, no a través de la descarga de adrenalina.

3. Con el paso de las sesiones, Amalia fue dándose cuenta de que era necesario reencontrarse con los intereses y palpitos de los niños y niñas. Explicaba en el seminario cómo todo comenzó a fluir una vez que decidió ceder en sus objetivos e incorporar lo que querían los niños. Creo que la 3ª y la 4ª sesiones son una buena muestra de ello.

Y entran. Les cuesta pero entran.

Amalia nos pide que cerremos los ojos y es difícil no abrirlos.

*Olvidaos de los demás y pensad en vuestro cuerpo.*

¿Y yo? ¿Me olvido o los miro?

Vuelvo a hacer trampas: abro un poquito el ojo sin que me vea Amalia y veo a todos los niños y niñas tumbándose a cámara lenta, concentrados en el movimiento de sus cuerpos. Vuelvo a cerrar los ojos, impresionada por este momento de intimidad que estamos teniendo todas juntas.

Me pregunto cuántas veces habrán logrado tener un momento así. Con 10 años yo creo que no lo había tenido nunca.

Amalia les dice que comprende que algunos se hayan sentido incómodos, otros no.

*No estamos acostumbrados a cerrar los ojos y quedarnos con nosotros solos*

*Eso puede causarnos rechazo, decir que es aburrido, un rollo.*

Este reconocimiento de las sensaciones desagradables vividas por los niños me parece estar cargado de potencial. Amalia les ha tendido puentes al reconocer sus sentimientos, al validarlos aunque sean negativos.

Pienso en cómo van a vivir el taller los profesores. Amalia les invitó como a mí a participar como uno más, pero ¿podrán? ¿Cerrarán los ojos durante la sesión

de yoga? ¿Podemos realmente participar como los niños, o las responsabilidades profesionales condicionarán demasiado nuestra participación?

¿Cómo nos vamos a colocar alrededor de la figura de Amalia?  
¿Cómo nos va a guiar?

¿Podremos mantenernos en la incertidumbre y sentirnos todas cómodas?

En este momento creo que adultos y niños tenemos la misma información y no parecen surgir inquietudes. Amalia contagia una sensación de seguridad que parece clave para poder explorar nuestros umbrales de incomodidad ante la incertidumbre.

Nos sentamos en círculo y preparamos el material con el que vamos a trabajar. Tenemos que recortar las etiquetas, primero en tiras y luego una a una. Disfruto de este momento de concentración en los dedos, en las manos y en el papel. Disfruto del trabajo manual mientras logro tener un espacio en el que charlar con mis vecinos. Mario se muerde las uñas

y no logra cortar el papel: le presto las mías. Marta está inquieta, quiere que le cuente qué vamos a hacer. Pero yo tampoco lo sé.

Me doy cuenta de que hemos eliminado estos momentos de los talleres. La productividad se ha llevado por delante estos momentos concentración manual, de preparación de lo que va a ser. Momentos en los que parece que no sucede nada pero está sucediendo mucho. Por un lado nos estamos apropiando del proceso al preparar el material que vamos a utilizar, se convoca a la autonomía a la vez que se generan expectativas y deseo de lo que está por venir. Por otro lado esto nos permite tiempo para hablar, preguntarnos, mirarnos y descubrir habilidades en quienes nos rodean.

Ha durado el tiempo justo. Es cierto que puede ser también un momento de total dispersión. Pero las etiquetas, esas pequeñas hojas en blanco que albergan la posibilidad, han funcionado como amarras para mantener la atención.

Amalia nos ha ido dando instrucciones y empezamos a trabajar sobre la pregunta.

*Escribe tu nombre en una etiqueta.*

*¿En grande o en pequeño?*

*¿Mi nombre o mi apellido?*

*¡Pero si somos dos Alejandro!*

*¿Mi primer nombre o el segundo?*

*Lo que queráis. No tenéis que preguntar. Escribid lo que vosotros penséis, lo que vosotros sintáis.*

*Escribe en otra etiqueta algo que te defina y que los demás puedan ver.*

Comienza la investigación conjunta en la que de lo íntimo vayamos hacia lo compartido.

Al igual que los niños, yo también siento la presión social a la hora de escribir una palabra que me defina. Escribo definiéndome ante los adultos, colocada en una posición de “experta” en educación que me incomoda, y ante los niños, desde la duda de cómo recibirán mis palabras. Definiendo mi identidad pensando en la mirada de los otros.

Los niños deben responder a la petición adulta, lo que les mueve a querer indagar cuál puede ser “la respuesta correcta”, a la vez que van a mostrarse ante sus iguales. ¿Elegirán responder desde el rol que ocupan en la estructura relacional del aula o se aventurarán a salir de él?

Marta, la niña que está a mi lado me pide ayuda, me dice que no sabe qué poner.

*No sé, los demás dicen que soy mala, ¿pongo eso?  
¿Y tú que piensas sobre eso?  
Tienes que poner lo que tú pienses, no los demás.*

Me mira. Surge un silencio.

*Pues, puedo poner que tengo dos hermanos.  
Tienes que poner algo que hable de ti.  
Pero ¿el qué?*

Me vuelve a mirar con ojos interrogantes

Decido abandonar la conversación y dejarla pensar sola

Miro de reojo a Mario, le costó mucho cortar las etiquetas. Porque no tenía uñas, pero también por algo más que no supe interpretar. Miedo, dudas, perfeccionismo...

Veo que ha escrito en su etiqueta TRISTE. La ternura que me producía este pequeño con gafas, ahora me genera una profunda desazón.

Al final Marta ha escrito: *soy una niña.*

*Escribid algo que os defina pero que los demás no vean.*

De nuevo comienzan las dudas. El cuerpo de Marta se revuelve, ya no sabe qué poner.

Al grupo de al lado se le acumula el trabajo, discuten, se preguntan.

A mí se me hace bola y termino poniendo INDECISA

51

*Escribid ahora algo que sepáis que define a la persona que tenéis a la derecha.*

Comienzan los conflictos soterrados en grupos y parejas que prefieren intercambiarse las etiquetas entre ellas.



Algunos no quieren aceptar la definición que hacen de ellos los demás. No quieren ser etiquetados. Otros comienzan con la burla y los absurdos para no tener que abordar una labor que comienza a tocar terrenos más íntimos.

Voy viendo niñas que están solas y escucho comentarios despectivos de otras. Están sentados en círculo pero se han generado grupos de amigos y amigas. Los de las niñas parecen muy cerrados. Cerca de los adultos orbitan pequeños más solitarios.

Estamos trabajando y hablando pero hay mucho ruido. Muchas voces hablan a la vez y la acústica del gimnasio no ayuda. A Amalia le cuesta pedir cada vez que callemos para escuchar la siguiente propuesta. Nos pide varias veces que intentemos prestar atención. Nos dice que si no hacemos un esfuerzo no seguirá con el taller.

Seguimos hablando. Nos cuesta no hablar entre nosotros. A veces a Amalia no se le oye bien. Siento que como adulta tendría que asegurar el silencio a mi alrededor como pretende Amalia, pero las conversaciones que me rodean me interesan.

Ahora vamos a dividirnos en grupos de cinco. Quiero ponerme en el grupo de Majid porque no hay quien lo pare y despista mucho a sus amigos. No es fácil hacer grupos, están todos desparramados por el gimnasio.

Finalmente, agrupados alrededor de unos grandes papeles en blanco, tenemos que pegar las etiquetas. Amalia no nos da más que una indicación: que estén extendidas como en una tela de lunares.

Adopto una actitud “profunda” e intento que mis etiquetas dialoguen con las de los demás. Me doy cuenta de que no tiene mucho sentido y termino pegándolas donde creo que quedan bien formalmente. O sea, relleno huecos.

Percibo cómo me siento condicionada en este espacio para generar significado, pero bajo las pautas de una lógica concreta. ¿Y si simplemente pegamos por pegar? ¿Cabe el azar en la escuela para explorar nuevos significados? ¿Podemos generar conocimiento de otro modo?

Después Amalia nos indica que realicemos un recorrido con el rotulador del color que hemos elegido entre al menos 20 etiquetas.

En el grupo todos nos preguntamos si deberíamos seguir alguna norma más. La ausencia de indicaciones nos produce desazón. A ellos y a mí. Ellos lo expresan en voz alta, pidiendo más explicaciones. Creo que yo tenía las mismas dudas que los niños, pero ante sus preguntas les he calmado en vez de decirles que estaba tan perdida como ellos. Empiezan a pedir turno para dibujar y yo les digo que lo hagamos a la vez.

Decidido por todos.

Como no hay indicaciones, me invento unas pautas: intento que mi recorrido siga los nombres de todos, o los atributos que yo considero positivos (el del fútbol lo evito). Algunas etiquetas me resultan muy duras. Sigo intentando que mis actos tengan un sentido. Me cuesta entregarme al puro azar.

Se termina la sesión de forma brusca. No me ha dado tiempo de enlazar las 20 etiquetas y hay que recoger. El profe ha avisado de la hora, pero yo no me he enterado.

*¡Gracias!* nos dice Manuel con un abrazo.

Me doy cuenta de que no me he presentado a los niños. Ya me llaman *profe*.

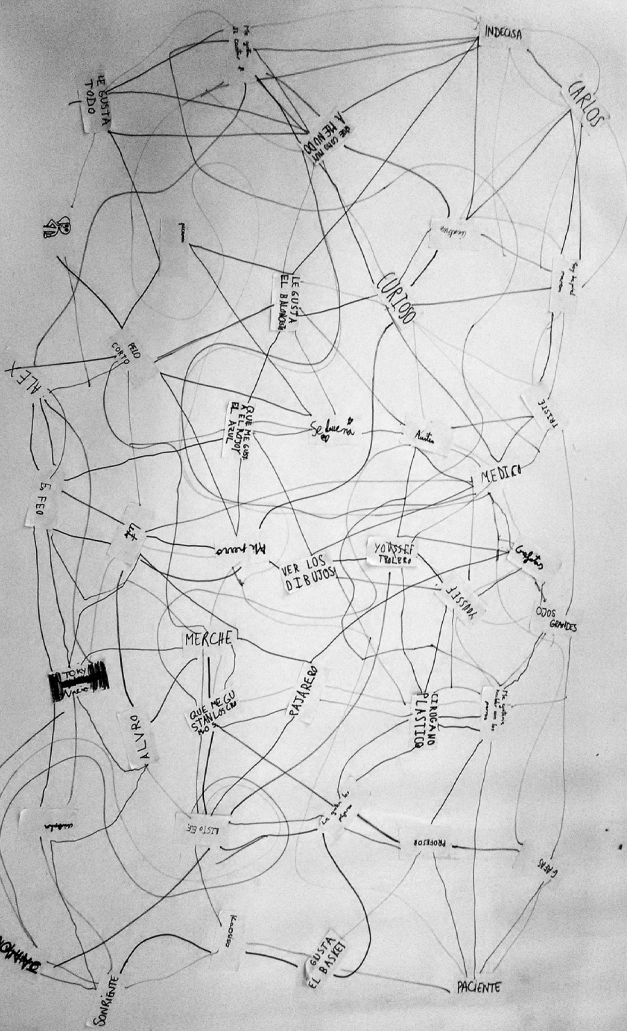
Ponernos etiquetas. Inmersa en cómo evitar que se generen etiquetas en la escuelita de mi hija, vengo y me las pongo en otro cole con otros niños.

Sin embargo esta vez nos ponemos muchas, nos las ponemos entre nosotros, nos las despegamos, las juntamos, las liamos en un papel continuo, se mezclan... Somos un

maremágnum de etiquetas. ¿Así logramos crear nuestro yo entre los demás? ¿Etiquetando y etiquetándonos?

¿Dónde está el equilibrio entre conocerte gracias a la mirada del otro o que la mirada del otro te condicione y categorice?

Me voy con un poso incómodo y con frío a tomar ese café.



## **Martes, 15 de marzo de 2016**

### **Notas previas a la sesión #2**

Mañana volvemos al Beato. A la sesión de Amalia.

Me parece que hace mucho tiempo.

Me gustó que Amalia nos propusiese pensar sobre nuestros nombres. Me gustó cómo esto me colocó en un lugar desde el que comencé a interrogarme y me generó deseo de participar en la sesión.

Para la sesión de mañana no nos ha pedido nada.

Hace ya tres semanas. No logro reencontrar las emociones, que las hubo.

¿Se quedaron cosas latiendo en el aire? ¿Podemos trabajar las etiquetas así y no volver a ello hasta tantas semanas después?

¿Han trabajado ese itinerario que propuso Amalia para el aula? ¿Dónde quería llegar esa actividad?

Siento todo muy lejano.

No creo que ningún niño esté hoy pensando en la sesión de mañana.

## Miércoles, 16 de marzo de 2016

### Notas de la sesión #2

Salgo de la sesión cansada. La cabeza me pide parar y pensar. Es una sesión muy cargada. Pasan pequeñas cosas cada vez que nos ponemos a hacer. El silencio me está generando tensión. Estoy muy dividida.

La sesión ha comenzado rara.

Al llegar hacia el gimnasio me encontré con Pablo, el profesor, y los niños y niñas que caminaban hacia el gimnasio. Estaban contentos. Pablo parecía con ganas.

Me decía que los niños estaban muy expectantes. Ya la semana pasada pensaron que era el taller, porque les habían transmitido la petición de que escribieran y se prepararan *lo de las caras*.

Así que ayer estaba equivocada: los niños sí están esperando y pensando en la sesión. Los deberes de Amalia les generan, como me generaron a mí, un deseo de que llegue el día del taller.

Vito y Will, la educadora y el estudiante en prácticas del CA2M

que acompañan este proyecto, están esperando en la puerta.

Hay un peso flotando. No sé muy bien lo que es. Al entrar decidimos colocar las colchonetas en círculo y Vito me explica en un aparte que Amalia llega tarde y ella va a comenzar la sesión. Amalia llega justo cuando Vito está refrescando lo que hicimos en la última sesión. Nos explica que su coche no arrancaba.

Comienza la sesión.

Vamos a presentarnos. Amalia nos propone grabar lo que hemos pensado e investigado sobre nuestros nombres: vendrá un amigo suyo y haremos una película de sonidos para enseñársela a las familias. Escuchamos atentas.

Hoy nos vamos a presentar contando un poquito de lo que sabemos de nuestros nombres. Algunos prefieren contar el origen o el significado de sus nombres, otras contamos porqué nos llamaron así. Hay niños con el mismo nombre, muchos *Alejandro* que son protectores de los hombres, nombres que significan *regalo, espejo, elegida, dulce...* Pienso en mi nombre que viene del latín *mercancía* y de su uso como recompensa o misericordia y me entristece. Decido reírme de la pesada tradición de las mercedes en mi familia con el grupo. Y me aligera.

Algún niño dice que su nombre no le gusta. Otro dice que su nombre lo eligió su madre porque su padre no se interesa por estas cosas. Otras historias de nombres están relacionadas con la muerte de familiares. Algunas de las historias que relatan me resultan duras, sin embargo salvo alguna mirada significativa entre las adultas, los niños no muestran sentirse afectados o sorprendidos.



Después de la ronda de nombres,  
Amalia nos habla de la imagen,  
de cómo nuestros cuerpos son  
imagen más allá de la moda. Todo  
es imagen y puede gustarnos, o no.  
Puede gustar a otros, o no.

Nos propone alterar nuestra  
imagen y nos disfrazamos con  
barbas, pelucas, gafas, narices...

Me pongo una barba que pica un  
montón. Veo a una niña y a un  
niño que no quieren ponerse nada.

De ahí nos vamos al espacio  
que hemos delimitado por las  
colchonetas y empezamos a  
caminar. Intento no seguir el ritmo  
de los niños, girar en otro sentido.  
Algunos están dispersos, pero otros  
se apiñan. Tenemos que caminar  
rápido, cruzarnos y a la orden de  
detenernos cambiarnos el disfraz  
con quien tengamos delante.  
Aquellos que no quisieron ponerse  
nada, terminan por ponerse en el  
intercambio. Todos se prestan al  
juego. Algunos se meten en roles.  
El estereotipo de la feminidad es el  
más definido y elaborado.

Voy cambiando mis accesorios con  
los niños. Quiero hablar con ellos.

No se puede.

Entonces les quiero sonreír. Quiero comunicarme con quien tengo enfrente cuando me doy cuenta de que tenemos la misma nariz.

Tampoco se puede.

Tenemos que estar serios y en silencio. Esto me incomoda.

El silencio no me permite conectarme ni conmigo ni con los demás, sino que me mantiene alerta, en una suerte de tensión al querer evitar que Amalia sienta que la actividad no funciona debido a la actitud de los niños.

Manuel se pone una peluca y la cadera se le ladea automáticamente: *soy Barbie*.

Ya ha venido con una barba pintada.

Mario tiene todavía algún rastro de haberse pintado una barba y haberla borrado antes de llegar al taller.

Venir disfrazados. Colocarse pelucas. Travestirse. No todos se permiten hacer esto fuera de este espacio que se ha creado.

Yo decido cojear y enseguida me nombran: *mira, la Maca*.

¿Quién es *la Maca*? Mi ingenua inserción de otro cuerpo en el juego ha apelado inmediatamente a un imaginario reductor. Soy identificada desde un atributo leído como negativo: yo llevaba gafas y pelucón amarillo en ese momento, pero cojear me convierte en *la Maca*.

Me cuesta no poder luego hablar de esto: mi cojera se ha traducido como una burla entre algunos niños. No puedo interrogarla. Se queda así.

Empezamos las dinámicas en equipos. En mi equipo deciden caminar como tortugas. Es difícil para mí. Varios grupos también se lanzan al suelo.

Y ahora tenemos que volver a hacer grupos en los que cada una camine de manera diferente. Will y yo coincidimos en un grupo.

Tenemos que preparar un pase de modelos en el que, manteniendo nuestra forma individual de desplazarnos, hagamos algo común que nos identifique como grupo, pero los niños y niñas se lanzan a correr y saltar en las colchonetas. Están eufóricos, sólo corren, unos detrás de otros, pisando colchonetas. Gritan.

Logramos retomar el grupo, comienzan las propuestas. Vamos a dar golpes con las manos, a hacer *beatbox* con la mano... pero yo no puedo, camino como una tortuga, despacio y a cuatro patas.

En varias ocasiones tengo que decir que tengan en cuenta mi condición de tortuga, lenta y sin manos, no voy a poder hacer todo lo que dicen.

Al final proponen hacer ruido con la boca e ir despacito. Lo ensayamos y tienen que esperarme, el deseo de llegar el primero es muy fuerte. Me pregunto si disminuyen el ritmo para seguir mi paso de tortuga sólo porque lo pido yo, que soy adulta.

Se prepara el *pase de modelos*, comienza un grupo que hace un sonido parecido al nuestro. Esto les revuelve.

*¡Se han copiado! ¡Tenemos que buscar otro sonido!*

*¡Tenemos que buscar un nombre!*

Amalia está preguntando a los grupos por el nombre y nosotros no tenemos.

Esta sensación de no estar preparados hace que se generen conversaciones paralelas, que los niños de nuestro grupo estén más preocupados por preparar bien nuestra actuación que por ver a los otros.

El siguiente grupo se disgrega: dejan sólo a un niño que va el primero cantando y marcando los pasos. El resto del grupo va detrás muy lento y avergonzado. Esconden el cuerpo, no hacen los pasos, casi no cantan.

Luego sale el grupo en el que está el *profé*. Es dinámico, Pablo, el profesor marca y tira. Hacen ruido con las manos, pero no todos pueden hacer el ritmo: no pueden aplaudir los que tienen que ir gateando.

Llega nuestro turno. Están nerviosos. Amalia nos dice que tenemos que ir tocándonos. Nueva regla. Me gusta este énfasis en la interdependencia: no podemos avanzar si dejamos atrás a alguien del grupo.

Nos llamamos *la liebre y la tortuga* y yo digo que tiene que haber silencio para escuchar nuestro ritmo

Vamos despacio, con contacto físico. Al inicio hay murmullo al escuchar nuestro ritmo:

*¡Se han copiado!*

Los niños y niñas están dentro de la actividad, lo revelan sus frases en medio del barullo.

El último grupo no quiere participar. Han recibido bastantes llamadas de atención hoy. Se genera un breve pero tenso silencio. Amalia y el profesor no quieren insistir, pero esto reafirma a los niños en el rol de pasotas que no entran en las dinámicas del grupo. Vito intenta animarles pero su mediación puede leerse como un cuestionamiento al profesor. Pablo sonrío incómodamente y acepta la

propuesta, sin embargo los niños prefieren no participar y no abandonar este rol que ejercen.

Amalia decide parar el taller para recordar la importancia del silencio, a la vez que explica que nadie está obligado a estar en la sesión. Si no quieren participar pueden quedarse en la clase de la otra profesora. Y si durante la sesión no quieren hacer una actividad, pueden retirarse y quedarse callados en un banco sin molestar a los demás.

Amalia comienza a explicar la próxima actividad de collage, el silencio dura escasos minutos. El profesor asume el control y amenaza a algunos niños con abandonar el taller para ir a hacer matemáticas en el aula.

Vamos a comenzar el collage y Vito nos dice a Will y a mí que en cada grupo tiene que estar un adulto: abandonamos la posición de participantes y para asegurar una cierta disciplina.

En mi grupo los niños trabajan de forma individual, frente a la petición de seleccionar aquello que les gusta y lo que no, tienden a recortan más lo que no les gusta. Les molesta lo andrógino, calificando las fotos en función de si la modelo encaja o no en los patrones de una feminidad muy estereotipada. Me parece que las imágenes les resultan cuestionadoras, les incomodan y al poco comienzan las burlas.

30

Yo recorto una imagen de dos modelos vestidas con logos de productos de limpieza y digo que no me gusta. Hago hincapié en que no me apetecería vestirme así.

*¡De fairy! dicen ellos.  
¿A vosotros os gustaría?*

*¡Y además es una mujer!* dice Mario.

Intento que explique por qué ha dicho eso, pero se retrae. No termino de entender si es por vergüenza o si la frase le salió sin reflexionarla, como un comodín. Poco después escribirán *machismo* al lado de la imagen en el mural y me mirarán sonrientes.

De nuevo he sido demasiado literal al explicitar mi posición y responden a mi voz de adulta desde respuestas que han interiorizado como correctas.

Me están haciendo la pelota.

Nos ponemos a pegar las imágenes. Yo pego las mías. Luego hay que escribir palabras al lado de las imágenes. Aquí se sueltan:

*Qué asco* dice una niña frente a un desnudo de mujer.

Su grupo de amigas se muestra deliberadamente alterado porque se haya podido colgar una imagen de un cuerpo desnudo de una mujer en el mural.





Al terminar la sesión, surge una conversación sobre lo sucedido entre Amalia, Vito, Will y yo. Mientras esperamos a que vuelva el profesor se escuchan estas frases:

*Se ha abierto el melón, esto hay que trabajarlo.*

*Le he propuesto a Pablo que lo trabaje.*

*Ya, pero esto lo deberíamos trabajar nosotras, ¿no?*

*Desde el campo del arte.*

*¿Pablo podrá trabajarlo sin moral, sin juicios de valor?*

*En la clase y con el profe... los niños no van a poder hacer uso de la libertad que tienen aquí<sup>4</sup>.*

*¿Se le puede pedir que se abstraiga de su rol de profe?*

*No, tenemos que abordarlo nosotras, sin juicios.*

*Ya estamos haciendo el juicio de que no puede.*

*Yo le doy unas ideas, le doy unos parámetros.*

*¿Podrá aceptar faltas de ortografía, palabrotas?*

*Nos estamos imponiendo, ¿cómo vamos a decirle como lo tiene que trabajar?*

*Puede ser un facilitarle herramientas, no dejarle frente al marrón de esto que se ha abierto.*

4. Un poco después Pablo llegaba a la reunión y enfatizaba en la necesidad de que los niños puedan escribir de forma autónoma e individual en el mural, ya que bajo la presión del grupo o bien se coartan o bien escriben provocaciones. Para él, el espacio del aula podía aliviar al alumnado de esta presión grupal.

*Es su realidad, no somos más que una ínfima gota, esto es su realidad.*

*Sí, pero como centro de arte tenemos que generar una disrupción, un desplazamiento de esta realidad, no reproducirla.*

*¿Y si venís a trabajarlos vosotros?*

*¿No lo va a sentir como una intromisión?*

*Lo hablamos en la reunión.*

*Sólo tenemos 20 minutos.*

*Se puede intentar una propuesta conjunta.*

## Martes, 5 de abril de 2016

### Notas previas a la sesión #3

Hace una semana nos reunimos todos los artistas que participan en *Aquí trabaja un artista*, el equipo del CA2M y yo.

Amalia seguía preocupada por cómo gestionar el silencio, la concentración.

Ni Vito ni yo compartíamos su sensación de caos y de falta de atención por parte del alumnado.

Amalia nos decía que necesitaba hacer cambios. Lograr que la estructura del taller le permitiese cercanía. Una estrategia para llegar a los niños y así lograr captar su atención. Una atención más yóguica.

La reunión ha reposado y hace unos días Amalia nos escribía esto:

*Hola everybody.  
Después de la reu, me dejé  
sentir todo lo que hablamos.  
Tengo algunas conclusiones no  
conclusivas: Inconscientemente  
tengo una idea de lo que quiero  
que ocurra y forcejeo con lo que  
pasa en la realidad.*

*A veces siento que me faltan herramientas para captar su atención y eso me inquieta, me hace dudar del sentido de la propuesta, me agota etc etc.*

*No voy a cambiar ningún parámetro en busca de una solución al “problema”. Vamos a seguir con el mismo formato porque intuyo que el camino es que yo me desestructure más, tanto en contenidos como en formas de funcionar.*

*Voy a escribir un correo a los tutores, pidiéndoles que me dejen a mi suerte para bien y para mal y que funcionen en las sesiones como participantes y no como profesores, salvo caso de llegar la sangre al río (risas y aplausos). También voy a pedirles que dediquen, si no lo han hecho aún, un tiempo a trabajar con los niños sobre el mural de las fotos, añadiendo otros adjetivos que amplíen el espacio de cada imagen. Que lo vuelvan a traer el miércoles, y que los propios niños hablen sobre todo lo que hay escrito.*

*Además el próximo miércoles trabajaremos sobre la acción como factor de identidad. Así que pediré que cada un@ piense en algo conc hacer y que pueda mostrar al grupo. El material que cada uno necesite (si es que se necesita algo) para su acción lo traerá cada uno.*

*Además traeremos escrito de casa algo que no sabemos hacer, algo que estamos aprendiendo a hacer, algo que no nos gusta nada hacer, algo imposible de hacer pero que nos encantaría poder hacerlo y algo que hacemos cada día.*

*Si se me ocurre algún material necesario a última hora aviso el lunes a más tardar, pero creo que no.*

*Abrazos y besos*

Llevo varios días dándole vueltas al silencio buscado por Amalia. Genera situaciones que me incomodan durante el taller. Los modos reproducen dinámicas que vuelcan la responsabilidad en el alumnado y hacen uso de amenazas para lograr la escucha.

Me pregunto sobre las posibilidades del silencio en un marco escolar. En este contexto el silencio coloca en una posición pasiva de escucha desde la cual recibir los contenidos que son transmitidos por la voz de autoridad del maestro.

¿Es posible en la escuela que los niños sean capaces de crear un silencio de encuentro consigo mismos?

¿Podemos deconstruir el significado que se ha asociado al silencio y generar un nuevo imaginario a su alrededor?

¿No estamos interrogando así la propia flexibilidad del marco “escuela”? ¿Qué propuestas permite albergar la escuela y su discurso institucional?

**Miércoles 6 de abril de 2016**

## **Notas de la sesión #3**

¿SOY LAS COSAS QUE HAGO? ¿Cuál es la diferencia entre hacer y existir? ¿Somos lo que sabemos hacer y no somos lo que no sabemos hacer? ¿Se hace uno a sí mismo? ¿Nos hacen los demás? ¿Qué consecuencias tienen nuestros actos?

La propuesta de Amalia me lleva a interrogar mi identidad profesional y esto hoy me genera un profundo desánimo. Es bastante habitual que mi indefinición profesional sea leída como una cualidad negativa. Frente a la extendida construcción cultural de la *vocación* es difícil sostener una trayectoria en constante mutación. Y aunque empiezan a ser más comunes los perfiles híbridos, hay líneas que difícilmente casan en un curriculum. Pensando todo esto en el tren llego a Móstoles sintiéndome pesada.

Escribo este texto tras haber terminado las dos sesiones y la reunión: he escuchado a todo el mundo. Y aunque hoy yo estoy más baja de fuerzas todos han disfrutado: han reconocido llevarse una buena energía de lo sucedido en el gimnasio. Amalia se va contenta y cargada de energía. Generosa, nos lo reconoce y se lo reconoce a Makena.

Makena ha cantado delante de toda la clase consiguiendo un silencio mágico, de piel de gallina. Un cierre tremendo para una sesión dura para mí. No he estado dentro. Esta vez no he participado desde dentro. He controlado.

Hemos empezado la sesión con un *Om*. A mi lado alguien vibraba mucho. A algunos la posición les costaba: estirar

la espalda, doblar las piernas,  
coordinar el cuerpo...

Situada en las filas finales,  
enseguida me he sentido en la  
incómoda posición de tener que  
asegurar una cierta atención en los  
niños.

Tras el *Om*, Amalia ha propuesto  
trabajar el cartel. Nos hemos  
acercado todos a verlo. Durante  
unos minutos hemos podido sacar  
nervio alrededor del mural antes de  
sentarnos a compartir.

Al colocarnos en el círculo había  
una colchoneta en la que se  
amontonaban varios chavales y  
muchas relaciones basadas en  
dinámicas poco positivas o sanas.  
Me he colocado en el medio.

Consciente de que me convertía  
en la *profe pesada*, pensé que dejar  
esa tensión de fuerzas intacta era  
demasiado para que Amalia la  
gestionase desde la distancia. Esto  
me ha situado en un constante  
tocar hombros, espaldas, pedir que  
me dejasen escuchar y sentirme  
rodeada de una fuerte una energía  
que externalizaban dándose golpes,  
molestándose y enojándose.

Había muchos enfados a mi derecha. Uno de los niños, muy contrariado, no ha participado nada. No he podido saber por qué.

A la izquierda otro grupo estaba completamente metido en sus conversaciones. Participaban en el grupo grande aportando sus historias, pero no eran capaces de escuchar a sus compañeros. Sin embargo el resto de la clase estaba dentro. Han participado voces que no se habían escuchado en sesiones anteriores.

A veces miraba a Pablo, el profesor, y las estrategias de control que empleaba. Alguna amenaza de cambio de sitio. Otras de irse del taller. Siempre en voz baja. Se situaba en el límite. Llegar a la amenaza implica que tienes que ser capaz de poder cumplirla, con las rupturas que ello conlleve. Estamos educados en un sistema tan larvado por la amenaza que suele ser el principal modo de control. Qué difícil explorar otras formas de autoridad frente a los alumnos que están experimentando sus límites y los de los mayores en este nuevo espacio dentro de la escuela.

A mi alrededor había tanto barullo que me costaba oír a las niñas que estaban al otro lado del círculo.

Amalia nos ha invitado a compartir de forma libre qué pensábamos que se había trabajado del mural, qué nos parecía lo que estaba escrito...

40

Tras una ronda, Amalia reorienta hacia la idea de *lo raro*.

*¿Qué es raro?*



Inmediatamente las respuestas de los niños y niñas se embeben de corrección política y abordan lo raro desde lo positivo: todos somos raros, todos somos diferentes... Hasta que Amalia les propone que lo aborden desde lo negativo.

La conversación sobre *lo raro* resulta intensa. Una niña dice que si ella lleva una chaqueta no le gusta que le digan que es rara. Que nadie tiene que opinar de la ropa de los otros. Otro dice que si eres de otra cultura no tienen por qué decir que eres raro. Las aportaciones orbitan alrededor de la idea del respeto por el otro diferente. Hasta que alguien cuenta una anécdota de alguien muy raro que vio. Y ahí se abre la veda para la *freak parade*. La imaginación invade el ámbito de los recuerdos y la conversación toma tintes de competición: quién habrá visto a la persona más rara. Mujeres enanas que hacen la compra, travestis que saludan amanerados, hasta la historia onírica de aquel gigante bañándose en el mar que parecía que llevaba muletas (¿zancos?) en las piernas. O la señora vista por la tele que como no tenía hijos criaba a las muñecas como si fueran de verdad.

*¡Oh sí! ¡Qué bonitas!* exclama una niña recordando el programa.

El grupo está dentro de la actividad. El deseo de participar es muy fuerte.

Sus vidas y sus experiencias fuera de clase entran de lleno en el gimnasio filtradas por su imaginación y con ellas las construcciones sociales y los discursos mantenidos por sus familias. En ese círculo ya no estamos solamente nosotras y los niños y niñas. Está su vida del exterior. Hemos abierto una ventana y entra todo en desbandada. ¿Será Amalia capaz de reconducir todo esto? La fuerza de las historias y lo cargadas que vienen de prejuicios y estereotipos me da vértigo: se están abriendo muchos frentes.

Amalia para y reconduce.

*Sé que tenéis muchas historias para contar, ¿no será entonces que hay tantas cosas y personas raras que son mayoría? ¿Qué es lo normal? ¿Es lo mismo para uno o para otro lo raro?*

Si me dejáis os voy a contar una historia, de ciencia ficción, en la que hay unos manipuladores que nos dan una imagen de una chica y la de un chico con un tipo de cuerpo y un tipo de ropa y nos dicen: mira esto es lo normal. Y al mirarnos en ellos nos damos cuenta de que no somos iguales, de que tenemos que esforzarnos por cambiar muchas cosas de nosotros para ser normales...

Miro alrededor, están escuchando. Muchos. Veo algunas caras que no logro interpretar. ¿Están escuchando o ponen cara de estar escuchando? Me pregunto hasta qué punto

les estará tocando lo que dice Amalia. Qué difícil. Qué difícil procurar salir de lo políticamente correcto y una vez logrado, ¿cómo profundizar para que les resuene? ¿Puede ser el cuento que está narrando Amalia una vía? ¿El diálogo posterior? ¿Esto fija la propuesta?

Amalia quiere seguir.

*A las adultas nos ha llamado la atención y queremos hablar de esto. ¿Por qué habéis calificado de feas, sucias y guarras a las mujeres que están desnudas o que se les ve una teta?*

Murmullos, cuerpos que se revuelven, se levantan varias manos.

Un chico vuelve a insistir en que se lea esa palabra *que ha puesto alguien que significa guarra o algo parecido.*

La palabra exacta no se cita en ningún momento.

Tampoco se le concede a quien la ha escrito el más mínimo espacio de protagonismo por ello. Seguramente lo tuvo en el aula. Seguramente hubo reprimenda.

Aquí no se deja espacio para alimentar ese liderazgo.

Mientras tanto noto cómo la negatividad de las relaciones de los chicos que me rodean me están transmitiendo una gran pesadez.

Una niña se atreve a compartir que a ella le molesta y que los chicos no deberían haber puesto eso. Máximo, a mi lado y secundado por Manuel, la interrumpe e irguiéndose (noto como se le hincha el pecho), le dice que no puede atreverse a decir eso mientras ellos estén presentes. Ambos la marcan con la posición de sus cuerpos. La situación me transmite una gran violencia.

Ella intenta retomar la palabra pero ellos lo vuelven a impedir. No ha habido una subida del tono de voz, ni palabras altisonantes, por lo que me resulta aún más inquietante cómo tienen completamente interiorizado un código en el que un chico puede hacer callar a una chica con una simple frase que alude a su honor.

Me quedo muy tocada. Me cuesta mucho no proyectar y pensar que mi hija pasará por momentos así. Y que tendré que estar alerta para identificarlos ya que serán probablemente normalizados.

Se van levantando manos en relación al tema del desnudo.

*A nosotros sólo nos pueden ver desnudos nuestros padres.*

*No.*

*Sí, ellos pueden.*

*No debería (el desnudo) estar ahí porque lo pueden ver niños pequeños.*

*Les daría risa.*

*¿La risa es mala?*

*Esas mujeres se desnudan para  
ganar dinero, sólo les interesa el  
dinero.*

*Si se viera un culo de un hombre  
las mujeres se pondrían rojas.*

Van saliendo más y más  
contribuciones, atravesadas  
por los discursos escuchados,  
mimetizados, interiorizados.  
Niños con hermanos mayores  
introducen gestos sexuales que  
otros, ingenuamente, no pueden  
descodificar.

La sesión está operando a muchos  
niveles y es difícil desmontar tanta  
idea anclada en prejuicios. Amalia  
relativiza, pone en cuestión,  
interroga las aseveraciones.

Poco a poco las historias están  
volviendo a *lo raro* y ahí se corta.

No recuerdo bien cómo cierra  
Amalia. En esta sesión están  
sucediendo muchas cosas y me  
cuesta seguirlo rodeada de tanto  
barullo.

Se propone la próxima actividad.  
Tras un tiempo de desfogue,  
ruido y follón, Amalia nos reparte  
tarjetas para que escribamos un  
verbo de movimiento.

Es difícil pero todos vamos encontrando la respuesta, nos ayudamos.

Y con los verbos nos vamos a jugar: tenemos que mimar los verbos e intercambiarlos con las compañeras.

Gateo. Intercambio tarjeta. Intento mirar, observar, pero una vez más desde dentro no lo logro. Si estoy haciendo me cuesta mirar a los niños. Algunos no quieren bajar de las espaldas, otros no quieren hacer algunas cosas y devuelven rápido las tarjetas. Hay follón pero esta vez Amalia no nos dice nada. Yo hablo, río. Me relaja no preocuparme por el ruido. Los oigo reír. Me gusta.

Nos volvemos a sentar y Amalia nos dice que tenemos que elegir la siguiente actividad ya que no hay tiempo para hacer todo lo que estaba previsto. Así que los niños deciden mostrar las habilidades que cada cual ha traído preparadas de casa.

Esta vez estoy sentada en medio de uno de los grupos complicados. A mi derecha ha quedado solo un chico, Marcos, y su actitud cambia diametralmente al separarse de sus amigos. Ahora podemos empezar a hablar y me dice que su habilidad es hacerse el muerto. Está interesado por el diálogo grupal y comienza a levantar la mano para participar.

Empiezan las habilidades. Una pareja de chicas hacen algo pero la risa les impide que tenga sentido. Nadie entiende nada, pero estamos todas en silencio mirando lo que hacen. Se respira un respeto que no he sentido mientras hablaban en el círculo.

Amalia decide participar y explicando que hay que hacer teatro, escenifica, crear la atención, propone su habilidad:

*Voy a cantar al revés*

Y boca abajo, haciendo el clavo, nos canta una canción.

Gran silencio.

Aplausos.

Sale un chico y hace un mimo.

Aplausos.

Sale un chico y se hace el muerto.

Aplausos.

Iban a salir dos niños propuestos por el profesor pero se adelanta Makena.

Amalia manda callar, es el único momento de la sesión en el que surge su enfado, explica que le molesta la falta de respeto ante los compañeros al no escucharlos.

Makena comienza a cantar, bajito, bajito, hermoso.

Silencio completo.

No se mueve, retuerce las manos, pero sigue cantando.

Es un momento mágico.

Termina y todos irrumpimos en un gran aplauso.

*¡Me he quedado alucinado!* me dice Marcos con ojos asombrados, tras haber pasado la mayor parte de la sesión molestándose con sus compañeros.

Amalia subraya cómo Makena ha sido capaz de lograr ese silencio que ella no ha conseguido en ninguna sesión

Y volvemos a aplaudir. Piel de gallina de nuevo.

Qué bueno es poder dejar que surja. Está ahí. Latiendo. Y de pronto, aparece.



## **Martes, 26 de abril de 2016**

### **Notas previas a la sesión #4**

Hace ya tres semanas de la última sesión con Amalia. Pasa mucho tiempo entre una y otra y siempre que me pongo a preparar la sesión el día anterior siento que quedé muy lejos, que ya casi ni me acuerdo.

Sin embargo esta vez, la imagen de Makena cantando, con un hilillo de voz, las manos agarradas sosteniendo la tensión, frente a un grupo en absoluto silencio, me ha acompañado estas semanas. Fue un momento mágico del taller. Todos estuvimos tan dentro que en cuanto terminó los aplausos y las frases de admiración fueron inmediatas.

También me ha resonado la historia que su profesora nos contó tras la sesión. Inspirada por un vídeo recibido en Facebook, decidió enfrentar a Makena frente a toda la clase para que explicitase su tartamudeo y así normalizarlo. La idea de mezclar un vídeo viral con moralina con una apuesta pedagógica frente a la diversidad me dejó desconcertada y compartí

la historia con un amigo profesor. Este me contó a su vez una experiencia personal en el aula, en la que había decidido poner en marcha una arriesgada idea para integrar a una niña en el grupo. El experimento salió muy mal y la niña lo sufrió.

Evidenciar el problema de tartamudeo frente al aula, según nos relataba la profesora, lo normalizó y anuló todo el potencial de burla y comentarios hirientes. La curiosidad quedó desactivada, al exponerse Makena ante el grupo reivindicando la diferencia, compartiéndola y así responsabilizando a todos. Fantástico. Pero ¿y si la hubiese bloqueado el tartamudeo al verse frente a la clase? ¿O si en el taller no hubiese podido cantar?

Esos momentos mágicos, volátiles, que nos atraviesan en las acciones educativas y que las dotan de sentido, ¿existen sólo al forzar el límite o al asumir el riesgo? ¿Hasta dónde exponemos a otras personas, a otros cuerpos?

O quizás preguntarnos, ¿con qué trabajamos? Porque, aunque no operamos a corazón abierto, sí apelamos a lo íntimo, a lo emocional, a lo que nos define, a lo que nos mueve, lo que nos une a otros. Y al poner todo esto en juego, ¿puede un error dejarnos cicatriz?

## Miércoles, 27 de abril de 2016

### Notas de la sesión #4

Ha sido una sesión alegre.

Los niños y niñas han llegado con ganas, corriendo. Sin recibir indicaciones se han sentado rápidamente en el círculo de colchonetas preparados para empezar.

Con sus objetos y sus papeles con las preguntas respondidas: ¿Eres lo que haces?

Amalia nos ha propuesto una actividad para comenzar: tenemos que intentar sentarnos y levantarnos por parejas sin más punto de apoyo que la persona con quien hacemos el ejercicio. Ni manos en el suelo, ni en las rodillas. Solo espalda contra espalda.

Para mostrarnos cómo hacerlo le ha pedido a Pablo que lo hiciese con ella. Han tenido que repetirlo varias veces: Pablo no lo lograba. Los niños se han quedado en silencio observando a su profesor de gimnasia intentar y fallar.

Nos hemos dividido por parejas y nos ha tocado a Marcos y a mí juntos.

Marcos forma parte del grupo que es objeto de la mayoría de las llamadas de atención y suele aferrarse a unas dinámicas de molestar y pegarse que le impiden participar en la actividad. En la sesión anterior ya estuve con él y quedé sorprendida de su actitud diferente cuando está fuera de estas relaciones... Tiene algo de libre, dice Amalia, algo que no poseen sus compañeros. Así, se atreve a decir cosas que le palpitan dentro o a tirarse al suelo y revolcarse. Es curioso porque para los profesores es él quien desestabiliza al grupo y arrastra a sus compañeros. Para mí es justamente al revés, pero es el *TDA*<sup>5</sup> de la clase.

Para comenzar la actividad teníamos que mirarnos a los ojos y mantener la mirada. Mientras el resto de niños y niñas todavía estaban en pleno alboroto nosotros ya estábamos preparados y comenzando. Él ha mantenido la mirada sin bromear. De hecho he sido yo quien no ha podido sostenerla durante todo el tiempo.

Hemos logrado coordinarnos, escuchar nuestras espaldas y vencer los miedos a empujarnos. Entender que en este caso empujarnos no es agredirnos, sino ayudarnos a levantar. Y hemos sabido levantarnos, dos veces, compartiendo una sensación de equipo, de conseguirlo juntos.

En momentos como este siento que puedo participar como adulta. Estábamos los dos en pleno esfuerzo por conseguir algo, cada uno situado en su lugar, pero juntos. Es un frágil equilibrio que no creo poder conseguir si tengo que asegurar una disciplina. En ese caso, de inmediato, me convierto en *profè*.

Nos colocamos en el círculo de nuevo para compartir lo que acabamos de hacer:

*Sólo podemos levantarnos y sentarnos si contamos con el otro. Si medimos nuestras fuerzas. Si escuchamos al otro y aportamos en la justa medida. Aportar lo justo para construir. Ni mucho que avasalle al otro, ni poco que no aporte. Lo justo. Resolver el conflicto sin intentar convencer al otro. Dialogar. Escuchar. Darnos tiempo. Hacerlo despacito. Hacerlo como el otro. No hacerlo como el otro. Dejar que el otro lo haga como quiera.*

5. En el argot profesional del profesorado es habitual el uso de estas siglas para nombrar a los niños diagnosticados con el Trastorno de Déficit de Atención. Suelen ser niños medicados.

Hemos seguido en grupo.

*¿Posicionarse en el lugar del otro puede ser una manera de solucionar un conflicto?*

Amalia improvisa y propone un juego. Dos niños o niñas se sentarán en el centro del círculo e intercambiarán sus posiciones en relación a un tema.

*A ti ya no te gusta el fútbol. A ti ahora sí, les indica.*

*Si tenéis que defender lo que no os gusta, o criticar lo que os gusta, ¿qué sucede?*

Niño: *¿Por qué te gusta el fútbol?*

Niña: *Porque así me mira la gente, me admiran. Puedo jugar con los demás. Y a ti ¿por qué no te gusta?*

Niño: *Porque te abuchean, pierdes. Te puedes romper la rodilla.*

Niña: *Pero así no puedes salir en la tele.*

Proyectan sus deseos, sus miedos, sus prejuicios.

Sale otra pareja

Niña: *Yo quiero ser la primera de la fila.*

Niño: *Yo también. Porque soy el primero en todo.*

Niña: *No quiero ser la última, porque la encargada tiene mucho trabajo*

Desde el corro comentan.

Otra niña: *Lo que pasa es que a los dos les gusta mucho apuntar los nombres de los que hablan hasta que llega el profesor, por eso quieren ser encargados.*

Otro niño: *No tiene sentido querer ser el último o el primero, los encargados no hacen nada.*

Niña: *¿Y por qué quieres ser el primero, si al final llegamos todos al mismo lugar?*

Niño: *Porque los primeros llegan antes al patio.*

Desde donde estoy no se escucha muy bien, me pierdo muchas de las conversaciones.

Amalia nos propone una tercera actividad: escribimos en un papel tres frases, cada una comienza por:

Me gusta...

Tengo...

Creo que...

Ha colocado tres neumáticos en el suelo, uno corresponde al *si*, otro al *no* y el tercero al *no sé*. Tendremos que colocarnos en uno u otro según nuestra afinidad a la frase que lea Amalia.

*Creo que las mujeres son más listas que los hombres.*

*Creo que los hombres son más rápidos que las mujeres.*

*Creo en la paz mundial.*

*Creo que las personas vuelven a nacer después de morir.*

Difícil. Participo desde mis intuiciones, mis dudas, pero sabiendo que mi cuerpo en uno u

otro espacio pesa más que otros. ¿Qué significa mi *si* o mi *no* a algunas de las cuestiones? ¿Cómo me leen los niños? ¿Qué implica esta lectura?

*Tengo el pelo largo.*

*Me gusta jugar a la Play.*

*Me gusta cocinar.*

*Creo que los animales pueden hablar entre ellos de una forma propia.*

*Creo que estoy enamorado/a.*

*Creo que soy tonto.*

Nos movemos. Vamos, venimos y podemos ver qué opinamos. No lo escuchamos, lo vemos.

¿Los animales hablan?

En el grupo del *sí* hay ganas de defender esta idea, se escuchan argumentos “científicos”. Se sentían con la ciencia respaldándoles, dispuestos a llevar la contraria a los del *no*, a los que consideraban equivocados.

Me pregunto qué hubiera pasado si en vez de hacer este juego de manera rápida y sólo con el cuerpo, hubiésemos dejado espacio a la conversación. Las ganas de convertir al interlocutor, de convencerlo son muy fuertes. Es curioso como los cuerpos están contradiciendo lo que antes razonaban en el círculo.

La sesión termina en una ronda en la que mostramos nuestros objetos importantes, aquellos que tienen un valor sentimental para nosotras.

Inauguraba el turno la vie en rose tocada en una cajita de música.



*Me la regaló mi abuela que ya no  
está aquí.*

De nuevo se ha creado un silencio, de gran respeto, que ha terminado en un aplauso tras oír la melodía. Es curioso cómo en este grupo, que parece tener relaciones poco sanas que alimentan malestares, existe sin embargo un pacto tácito de respeto frente a lo que muestran los compañeros cuando se percibe que están implicados en ello, cuando se intuye que el compañero queda frágil frente al grupo.

En la ronda de objetos importantes inaugurada por la música de la cajita, se han sucedido los regalos hechos por una persona importante, normalmente abuelos. Ha habido un peluche y algunos amuletos quita miedos. Entonces los legados interfamiliares han aparecido en forma de pipa, bolígrafo, bufanda de lunares de forro polar, pulsera artesanía bereber... todas transmitidas en cadenas familiares desde el bisabuelo o incluso del tatarabuelo hasta el niño que lo compartía con nosotros. Uno de los niños aseguraba que su flauta de plástico pertenecía a su bisabuelo y que

evitaba limpiarla para que no se fuese estropeando y recordar así a su querido familiar.

Salvo en el caso del bolígrafo, nadie se ha atrevido a cuestionar las historias que contaban los compañeros.

La pulsión por dotar de más valor al objeto frente al grupo ha hecho que algunos niños no se animaran a enseñar sus objetos y que otros entraran en una espiral de invención de herencias familiares.

Me evoca un vago recuerdo de la escuela, sobre los 8 años, como una época de historias fantásticas escuchadas en el recreo, siempre relatadas en primera persona por mis compañeros. Pero no diría que le otorgáramos una especial importancia a la veracidad de estas historias. Creo que los límites entre lo posible y lo imaginado eran más bien difusos y seguramente en ello residía nuestro gusto por ellas.

En esta sesión he sentido más fuerte que las metodologías traídas por Amalia no sólo se dirigían a los niños y niñas sino que apelaban también al profesorado. Quizás por la presencia de lo espontáneo y del reajuste en algunas dinámicas, o seguramente por la apuesta de corporalizar el disenso para abordarlo desde ahí o por situar los cuerpos en el lugar de las creencias, para visualizar el absurdo de las posiciones inmóviles. La sesión de hoy me ha parecido rica en propuestas reapropiables para la práctica cotidiana.

Durante el recreo nos hemos ido divertidas, recordando las historias de herencias imposibles, a tomar un café.

## **Miércoles 25 de mayo de 2016**

### **Notas de la sesión #5**

Hoy es la última sesión.

Estamos ya en la recta final del curso. Llega el verano y los cuerpos están alterados.

En los últimos colegios en los que he estado los profesores andan agotados. Los niños eléctricos. Y en boca de todos el examen de reválida.

Parece como si toda la tensión acumulada estuviese saliendo bajo la forma de algarabía en unos y de cansancio en otros. Seguramente no es diferente de años anteriores, quizás es solamente la sensación de que el final de los exámenes que impone la Comunidad marque el pistoletazo de salida del inicio del verano.

Así, llegan los niños al gimnasio.

Amalia intenta comenzar la sesión con unos ejercicios de yoga y simplemente colocar las colchonetas convierte el gimnasio en un enjambre de criaturas alocadas. La sesión estará plagada

de cuerpos revolcándose por el suelo y de extremidades sueltas: están todos como deshilachados, desatados.

Con este ánimo nos ponemos a hacer el saludo al sol. A mí también me cuesta mirar a un sitio fijo. Somos numerosas y estamos muy cerca. Acabamos con un Om que me sorprende. Que nos sorprende. Creo que nos ha vibrado a muchos.

La propuesta del taller de hoy es decidir qué haremos en la presentación final. Los niños no sabían que se terminaba el taller, tampoco sabían que había una presentación final. Algunos a mitad de la sesión, todavía siguen sin saber que estamos preparando la presentación final.

Amalia nos propone que hagan una feria final, con muchos *chiringuitos*, a través de los que puedan compartir lo sucedido en el taller con la gente que venga a verlos.

Los niños van a preparar esto de forma autónoma, no va a haber tiempo de reunirse y coordinar en el taller. Van a tener que prepararlo de forma independiente de aquí hasta el día de la presentación.

Ha comenzado una bella lluvia de ideas. Las manos se han levantado rápido, las propuestas han sido muy evocadoras:

*Un taller de la gimnasia que hacemos aquí (yoga)  
Hacer que la gente se intercambie los gustos y desde allí dialogue (como la experiencia que les hizo vivir Amalia a algunos de los niños sobre el fútbol)  
Un taller con los neumáticos y que elijan si les gusta mucho / nada / o no lo saben*

*Un taller en el que se etiquete  
Un guía, un museo  
Traer las monedas antiguas de la  
colección de mi abuelo...*

Este primer impulso se ha ido diluyendo mientras Amalia intentaba aterrizar y concretar las ideas. Hacer grupos ha generado una competición por no quedar fuera y las ideas de taller se convertían entonces en ganchos con los que atraer a amigos.

Amalia ha ido dándole forma a las propuestas, para finalmente comenzar a rechazar algunas de ellas y reconducirlas a algo que se relacionase con el taller y ahí se han dispersado todos. Durante la lectura de propuestas los niños ya empezaban a estar fuera excepto un grupito de niñas.

Al final el taller se ha convertido en una enorme algarabía saltando todos en las colchonetas mientras iban de grupito en grupito a consultarle a Amalia para que apuntase su taller. Me voy con una gran incertidumbre revoloteando: ¿qué propuestas nos devolverán el día de la presentación en el museo?

## **Miércoles 16 de junio de 2016**

### **Notas de la sesión final en el museo**

Llego media hora antes y todo parece estar preparado. Los niños y niñas ya están sentados en cada mesa con el material: están expectantes.

Están haciendo las pruebas de sonido y durante unos segundos suena el audio que ha preparado Amalia. Se crea un silencio generalizado: los pequeños se escuchan con los ojos muy abiertos. Rápidamente se explica que sólo era una prueba.

Empiezan a llegar familias.

Las ganas de comenzar pueden sentirse en ambos lados.

Amalia, que andaba con miedo de que no viniese gente, empieza a relajarse: hay bastantes familias esperando tras la puerta. También se han apuntado algunas trabajadoras del museo.

Comenzamos.

Me tomo mi tiempo para empezar los talleres. Me voy al de yoga que está vacío. Me guían para hacer el saludo al sol. Se acuerdan de varios pasos

Súper concentrados asumen el rol de profesores de yoga con una naturalidad que me cautiva.

De ahí me voy al puesto de las encuestas, pero no se puede hacer hasta que no haya pasado por todos los talleres.

Están todos bastante llenos y me siento en el taller de adivinar sabores.

Pruebo una serie de combinaciones entre café, zumo de naranja, zumo de limón, azúcar y sal. De broche final una gominola picante. Ellos están serios .



Me siento con los que hacen papiroflexia y me quedo encantada. Dos de ellos están muy metidos en su rol: me preguntan mi nombre y comienza a explicarme cómo hacer una *garra*. Sigo uno a uno los pasos, y terminamos calculando juntos cuántos folios necesitaría para hacerme las garras de las dos manos. Después me explican cómo hacer un avión que gire. Disfrutamos de nuestros roles desplazados.

Converso un poco con Pablo, el profe. Empieza a estar más relajado. Ahora está contento, me dice, pero estaba preocupado y parece que algo desbordado con la organización. Me cuenta que han trabajado esta semana los talleres y que ha sido muy positivo porque se han mezclado las clases. Ahora descubre los talleres que se organizaron en la otra clase y que él no había visto.

Sigo dando una vuelta entre los puestos. Los que enseñan a hacer flores están exultantes: hay un montón de adultos alrededor.

Martín me dice que está muy preocupado porque se le terminan las etiquetas.

Los puestos están bastante mezclados, incluso varios grupos de amigos han quedado dispersos, excepto en los talleres de peinado y maquillaje: los grupos de niñas han quedado aquí intactos.

Amalia avisa que vamos a sentarnos en las colchonetas.

Hay una sensación generalizada de tener que cortar los talleres demasiado pronto.





Nos sentamos o tumbamos en las colchonetas. Los niños y niñas están en pleno pico de excitación: los talleres han salido bien, las familias han participado y han sido protagonistas de un evento que finalmente ha congregado a mucha gente.

Se apagan las luces pero conseguir el silencio es imposible. Empieza el audio que han grabado Amalia y Nilo con los niños de manera

individual. Han grabado sus voces que configuran un coro de identidades que se diluyen en el grupo, un retrato colectivo.

Hace tiempo que Amalia les hizo la propuesta. En realidad, aunque son los niños y niñas quienes hablan, es una pieza de Amalia. Cuando lo propuso me hizo pensar en esa pulsión creadora que veo repetirse en los artistas inmersos en estos procesos. Se lanzan generosos a trabajar junto con los chavales, pero a menudo hay un momento que les late el palpito de la creación y necesitan producir con lo que han ido recogiendo durante el taller. También lo leo como una manera de devolver a los niños desde su propio medio. Normalmente suelen utilizar lenguajes que sobrepasan las formas escolares y funcionan bien en el marco estético del museo.

Comienza el audio. Surgen risas nerviosas al escucharse. La sorpresa por lo que dicen los compañeros. Hay niñas que gritan y carcajean cada vez más alto para evitar que se oiga lo que grabaron. Hay quienes no quieren que los oigan los compañeros. Otros no quieren que les oigan sus familias<sup>7</sup>.

Al cabo de unos minutos se decide cortar el audio. Los profesores tienen que volver al colegio pero la mesa con el picoteo es un imán para los niños: la sesión se termina en un caos de niños lanzados sobre los platos para llevarse patatas o zumos, otros que buscan sus zapatos, familias que se despiden y profesores que apuran para salir.

Poco después nos quedamos en una sala silenciosa, vacía, con una mesa por la que ha pasado un tornado de manos y brazos dejando un desbarate de cacahuetes y gusanitos.

7. Como reflexionaba Amalia en el seminario, el espacio de intimidad creado en la grabación, se violentaba en esta exposición pública.



## **Comunidad de Madrid**

### **Presidenta**

Cristina Cifuentes Cuencas

### **Directora de la Oficina de Cultura y Turismo**

Anunciada Fernández de Córdoba  
y Alonso-Viguera

### **Director General Promoción Cultural**

Jaime Miguel de los Santos  
González

### **Subdirector General de Bellas Artes**

Antonio J. Sánchez Luengo

### **Asesor de Artes Plásticas**

Javier Martín-Jiménez

### **Proyecto**

#### **Colegio Parque Aluche**

María Jerez  
Nada Gambier

#### **Profesoras**

Isabel Álvarez  
Antonia Macías

#### **Educadora**

Vito Gil-Delgado

### **Publicación**

#### **Textos**

Mercedes Álvarez Espáriz

#### **Diseño y maquetación**

Amalia Ruiz-Larrea Fernández

#### **Investigadora principal**

Mercedes Álvarez Espáriz

#### **Colegio Beato Simón de Rojas**

Amalia Fernández

#### **Profesoras:**

Pablo Ciruelos  
Olga Díaz

#### **Educadoras**

Will Encarnación  
Vito Gil-Delgado

## **Centro de Arte Dos de Mayo**

### **Director**

Manuel Segade

### **Gerente**

María Aránzazu Borraz de Pedro

### **Gestión y administración**

Inmaculada Lizana Plaza

### **Colección**

M. Asunción Lizarazu de Mesa

Teresa Cavestany Velasco

Carmen Fernández Fernández

### **Exposiciones**

Víctor de las Heras Iglesias

Ignacio Macua Roy

### **Comunicación**

Mara Canela Fraile

Marta Martínez Barrera

Rosa Naharro Diestro

### **Educación y Actividades Públicas**

María Eguizabal Elías

Victoria Gil-Delgado Armada

Carlos Granados

Pilar Álvarez

### **Biblioteca**

M. Paloma López Rubio

### **Colaboradores**

Gisèle Rodríguez

Eva Garrido

Yera Moreno

Wilfredo Encarnación

CA2M  
Centro de Arte Dos de Mayo  
Av. Constitución, 23  
28931 Móstoles, Madrid  
+34 91 276 02 13  
Ca2m@madrid.org

Esta publicación ha sido editada por la Oficina de Cultura y Turismo, Dirección General de Promoción Cultural de la Comunidad de Madrid con motivo del proyecto Aquí trabaja un artista 2016-2017.

Textos  
Reconocimiento-Compartir Igual Creative Commons 3.0 España



Depósito Legal: M-18098-2017

